

Capítulo 1. Caminos Cruzados

Jaehyo no ha tenido una vida fácil. Cuando era pequeño, sus padres siempre estaban peleando y no había forma de que dejaran de gritarse el uno al otro. Siempre que discutían, su padre se iba de casa pegando un portazo y su madre se pasaba horas llorando sentada en el borde de la cama. Cuando el pequeño Jaehyo acudía a su lado, lo único que podía hacer era acurrucarse a su lado y tumbarse, apoyando la cabeza en sus piernas. Entonces, su madre le acariciaba el pelo y comenzaba a sentirse mejor, y al poco rato dejaba de llorar.

El niño, que por aquella época tendría menos de diez años, no entendía el por qué su padre volvía todas las noches apestando a alcohol y perfume barato, o por qué su madre temblaba como si hubiese un terremoto en su interior, y para calmarlo tenía que tomarse muchas pastillas azules del bote encima del estante, con la etiqueta amarilla y el cristal opaco.

Cuando contaba quince años en el mundo, las discusiones entre sus padres eran mucho más fieras. Gritaban y se lanzaban cosas a la cabeza como si aquello fuese a solucionar los problemas mágicamente. A Jaehyo no le importaba llevarse los golpes de su padre, si conseguía que no se los diese a su madre. Su estado mental era cada vez peor, los espasmos eran mucho más frecuentes y la cantidad de pastillas que se tomaba para tranquilizarse rozaban lo irracional. Su padre pasaba cada vez menos tiempo en casa. El poco dinero que conseguía lo gastaba en las tragaperras o en putas, mientras en casa su mujer y su hijo empezaban a sufrir los efectos de una mala alimentación.

A los diecisiete años las cosas cambiaron un poco. Jaehyo decidió que no quería llevarse más golpes y un buen día le plantó cara a su padre. Le rogó que parase, que dejase de pegar a su madre y que tuviese la cabeza suficiente para encarar los problemas y no echarles a ellos la culpa de todo. La paliza que recibió lo mandó al hospital durante casi un mes. Su madre no quiso moverse de su lado ni un solo minuto durante todo el tiempo que estuvo ingresado. Su padre, ni siquiera le hizo una mísera visita.

Durante el tiempo en el que estuvieron en el hospital, su salud mejoró levemente, al llevar una alimentación más controlada. Al no estar su padre cerca, los temblores dieron tregua a su madre, que parecía algo más animada.

Cuando le dieron el alta y volvieron a casa, su padre estuvo tres días disculpándose. Lo único que hacía era echarle las culpas al alcohol, a la situación económica de la casa, a que su madre no le daba lo que necesitaba. Cualquier cosa, con tal de admitir que el problema, en general, era él. Durante un tiempo la situación pareció mejorar, y Jaehyo pudo casi rozar con la punta de los dedos la sensación de pertenecer a una familia de verdad. Sin embargo, bastó un solo encontronazo más con el alcohol, y las cosas volvieron a torcerse.

El día que cumplía dieciocho años, su madre aguardaba en casa la vuelta de su hijo. Esa mañana había tenido una entrevista de trabajo. Él mismo había decidido que quería intentar aportar algo

de estabilidad económica a la familia, así que estaba repartiendo sus currículums casi vacíos por toda la ciudad. La mujer, siendo atacada a veces por sus espasmos, había pasado la tarde en la cocina preparando una tarta para su hijo, que se había quemado un poco por la parte superior, pero se había esmerado en taparlo con un poco de crema.

Sus ojos estaban mal marcados por unas ojeras considerables, estaba excesivamente delgada y parecía casi un cadáver andante. La comida que conseguía era para su hijo, que era el sano y fuerte que tendría que sacar a la familia adelante a partir de ahora, ya que habían despedido a su padre de su antiguo trabajo.

Cuando Jaehyo hundió las llaves en la cerradura, los gritos ya se llevaban escuchando desde la puerta del portal. Suspiró y entró, dejando sus cosas junto a la puerta, colgadas de la percha. Sus padres discutían en la cocina, y podía ver la sombra enorme de su padre tapando la puerta de entrada. Suspiró y avanzó hacia allí, arrastrando los pies.

En el suelo, el pastel derramaba un poco más de la crema, dejando entrever el trozo quemado. Su madre, arrodillada en el suelo, temblaba e intentaba recogerlo, mientras su padre asestaba patadas al aire, intentando alcanzarla. Jaehyo reaccionó rápido y le apartó de un empujón, metiéndose entre ambos para protegerla. El forcejeo y los gritos se acentuaron, y cuando su padre tomaba impulso para placarle, el muchacho cogió lo primero que tuvo a mano y se lo estrelló en la cabeza.

La botella se hizo añicos con el impacto. Los ojos de su padre se tornaron blancos y cayó al suelo en peso muerto, sobre el espectáculo de cristales rotos en los que se había convertido la botella.

A pesar de que alegaron defensa personal, el jurado popular que se encargaba de dar el veredicto sobre su caso decidió que era mejor ingresarle en un correccional. Los siguientes meses que pasó allí fueron bastante duros. Él intentaba pasar desapercibido, no darles razones para que le pegasen o abusasen de él. Permanecía casi todo el tiempo en su habitación. Al menos, su alimentación volvió a mejorar.

Los sábados llegaba el correo, y Jaehyo era el primero en esperar ansioso la carta de su madre. Todas las semanas se encontraba con el sobre que llevaba su nombre escrito con letra temblorosa. Ver las letras de su madre ligeramente difuminadas en alguna parte del folio le daban ganas de llorar. Siempre le contaba lo que había hecho durante la semana, que no era mucho más que limpiar alguna casa para ganar algo de dinero y poder comer.

El mes antes de que cumpliera su condena, la carta que llegó ese fin de semana no era de su madre. La letra era firme, masculina. Tampoco era de su padre, no tiene el pulso suficiente para escribir tan bien. La carta procede del hospital, y el médico que la firma le informa de que su madre ha sufrido un paro cardíaco.

Jaehyo para esa época, a punto de cumplir los veinte, quiere morirse. Va a salir del correccional

y no habrá nadie esperándole. Cuando finalmente llega el día, no siente alivio de dejar aquel infierno, pues está entrando en un peor. Los siguientes tres años se le antojan vacuos, irreales. Tuvo sus roces con el alcohol, las drogas y el sexo, y desde entonces se ha dejado llevar por la poca cordura que le queda, vagando errante.

Hasta que apareció él y todo cambió.

Jiho siempre ha sido un niño malcriado. Siempre ha tenido todo lo que ha querido, y nunca le han puesto pegajos para conseguir lo que le ha dado la gana. Sus padres siempre han sido influyentes, siempre han tenido dinero.

Su padre mantiene negocios 'especiales' con ciertas personas, que van desde el tráfico de drogas al transporte de armas o la extorsión de determinadas personas influyentes. Su madre aparenta con normalidad que no conoce el otro trabajo de su marido, que trabaja como asesor legal en una de las empresas más importantes.

El pequeño Jiho ha vivido toda su vida rodeado de todo lo que le han dado, pero incapaz de relacionar el concepto de familia unida. Sus padres siempre han vivido por y para su trabajo, y la existencia de su hijo ha sido un hecho al que han mirado de soslayo, dejando pasar una infancia y una adolescencia que han convertido a su hijo en una persona vacía.

Durante todos sus cumpleaños desde que tiene memoria, Jiho esperaba pacientemente la llegada de sus padres a casa. Por la tarde, todo el servicio de su mansión se encargaba de prepararle una fiesta llena de dulces, globos y regalos, pero el pequeño Jiho siempre esperaba con especial interés la llegada de sus padres. Siempre, con la mirada cargada de ilusión, que pasaba a convertirse en tristeza, o incluso decepción, cuando no eran capaces de felicitarle.

Cuando pasaban los días y se acordaban del día que había pasado, le compraban algún juego, o cualquier otra cosa que les pidiese, para disculparse. Pero Jiho empezaba a cansarse. Acumulaba todos los trastos en una de las tantas habitaciones que había en su mansión, inservible y vacía.

Cuando tenía doce años fue expulsado del colegio al que iba por casi arrancarle de cuajo una oreja a un compañero de clase. En casa ni siquiera hubo reprimenda. Sus padres hablaron con los del chiquillo y algo de dinero silenció el asunto. Desde entonces, nadie se acercaba a él. Su mirada estaba cada vez más vacía, incapaz de empatizar cualquier tipo de sentimiento que no fuese el asco o el desprecio.

No obtuvo ningún tipo de interés en los estudios. Se interesaba más en saber lo que hacía su padre en el sótano a las tres de la mañana el primer sábado de cada mes. Esa fue la primera vez que tuvo contacto con el sexo, cuando vio a sus padres disfrutando de una de tantas sesiones de sadomasoquismo.

Después de aquello, su curiosidad fue a más. Le gustaba espiar a sus padres, ver lo que hacían en aquella habitación. Cuando le preguntaba a alguien del servicio por aquella sala, nadie sabía que responderle. Siempre le daban largas, y por mucho que lo había intentado, no había encontrado las llaves de aquella cerradura para entrar y curiosear.

Su primera experiencia personal con el sexo fue a los quince años. En el nuevo instituto al que le habían trasladado, una de las chicas no deja de preguntarle si quería salir con ella. Le dijo que lo haría si le dejaba follársela y ella accedió. Las cosas con su primera novia fueron esclarecedoras en cientos de sentidos. Jiho descubrió el placer de la carne cuando se acostaba con ella, descargando toda su furia en cada embestida y haciéndola suya en cada uno de los gemidos.

Sin embargo, se aburrió rápido de ella. Todo era tan monótono, y él tenía ganas de comerse el mundo. Pronto aprendió que las mujeres eran capaces de hacer cualquier cosa por echar un polvo. Él, rozando los dieciseis años había encontrado en el sexo una forma de llenar un poco el vacío de su mente. El hecho de no tener pudor le abrió muchas puertas a experimentar que casi le volvieron loco.

Recién cumplido los dieciocho había perdido todo el interés en las mujeres. Seguía acostándose con ellas, solo por satisfacer su cuerpo pero no su mente. Empezó a ver el atractivo en otros hombres, y casi sin darse cuenta volvió a encontrar esa chispa que le encendía hasta límites insospechados.

El primer hombre con el que se acostó fue uno de sus compañeros de clase. Aquella mañana le había visto en las duchas y el calentón que le había acompañado el resto del día había sido considerable. Por la tarde le pidió hablar con él, y muy amablemente le colocó contra la pared y le hizo suyo. Al principio la situación fue un poco forzosa, pero al final, el placer que le inundó fue tan amplio que le hizo estremecer al completo, cosa que no había conseguido con ninguna de las mujeres con las que había estado.

Aunque el chico no volvió a dirigirle la palabra, Jiho abrió otra de las puertas más importantes de su vida. Los padres del chico le denunciaron, tanto a él como al instituto, primero por permitir que un alumno abusase de otro, y segundo por las secuelas que había dejado en su hijo. Nuevamente, el dinero de su padre hizo que el incidente pasase al olvido con la misma rapidez con la que firmó los cheques al portador con una cifra de seis ceros escritos en ellos.

Esa vez si hubo discusión. Su padre le echó en cara lo irracional que era, echando por la borda la imagen de la familia por ser un maldito maricón reprimido. Jiho aguantó el chaparrón con toda la relajación del mundo, y cuando su padre dejó de gritar incoherencias respecto a su condición sexual, Jiho salió de la habitación y volvió a su dormitorio.

El rumor sobre su condición sexual se extendió como la pólvora por todo el instituto, lloviéndole quejas por parte de las chicas y alguna que otra propuesta masculina que le resultó la mar de interesante.

Al cumplir los diecinueve se tiñó el pelo de rubio. Tuvo diversas sesiones de sexo con otros chicos antes de decidirse por el que, hasta el momento, ha compartido su cama.

Sin embargo, hace tiempo que Kyung se ha vuelto aburrido. Solo se queja de que lo único que hacen es follar y le da dolor de cabeza. A Jiho lo único que le interesa de Kyung es follárselo. Si quisiera alguien para salir a pasear se buscaría a una mujer idiota.

Aquella tarde ha discutido con el moreno, así que Jiho sale a darse un paseo, con ganas de deshacerse del dolor de cabeza que lo ronda desde hace un par de horas. El cigarrillo en sus labios está áspero, pero ni siquiera lo necesita encender. No le gusta fumar, pero cuando está nervioso le gusta morder algo, para tranquilizarse.

Va a mandar a Kyung a la mierda, total, puede buscarse a otro al que follar y que mantenga la boca cerrada. Busca en sus bolsillo la cartera. Hay dinero suficiente, así que puede permitirse la opción de buscar a un puto para follárselo y desfogarse rápidamente, al menos, hasta el día siguiente.

Tarda un rato en llegar a la zona. Le gusta pasear por allí, a pesar de que la enorme mayoría de la gente que está trabajando allí esté demacrado y tan acostumbrada a follar que apenas se inmutan. Pasea la mirada por las calles, y cuando gira una de ellas, dispuesto a volver a casa porque no encuentra nada que le llame la atención, le ve.

Jaehyo está cansado. Los treinta pavos que lleva en el bolsillo de sus pantalones le han costado horrores conseguirlos, pero finalmente ha accedido al viejo pervertido que se aleja por el fondo de la calle. Aun se le resiente un poco la mandíbula, pero supone que se le pasará en un par de horas. Alguien sujeta su brazo y le gira. Encara a un muchacho rubio que mordisquea un cigarrillo y le mira, analizándole, por encima de las gafas de sol. El castaño no tiene especial ilusión en volver a follar, pero el fajo de billetes que le ofrece el rubio por echarle un polvo donde le dé la gana es bastante tentador.

Jiho arrastra a Jaehyo hasta su casa, en un silencio casi sepulcral por el camino. Una vez llegan hasta allí, sin miramientos, le desnuda y se acuesta con él, rudo. El castaño aguanta el tirón por los doscientos pavos que hay sobre la mesita de noche, que llevan su nombre. Es la tarifa más alta que ha logrado, normalmente no conseguía nada más allá de cincuenta, y esmerándose mucho.

El rubio le tira del pelo, le araña la espalda y muerde su nuca con bastante ímpetu, y Jaehyo se siente por primera vez en mucho tiempo deseado. Jiho tiembla como la primera vez que probó el sexo y su cuerpo se amolda al de Jaehyo con una velocidad pasmosa. Por primera vez, Jiho tiene las ganas de hacer disfrutar a la otra persona, y no duda en masturbar a Jaehyo con la misma velocidad con la que está moviéndose sobre él.

El castaño gime cuando nota que le toca. Generalmente la gente con la que se acuesta tiene la

terrible mala costumbre de pensar únicamente en sí mismos, y Jaehyo no tiene las ganas suficientes para darse placer a sí mismo, lo que implica que casi se corra cuando Jiho le toca. Aguanta el tipo todo el tiempo que puede, pero notar como el rubio sacude su cuerpo completo con cada embestida casi le vuelve loco, descontrolándole y gimiendo con ansia mientras aprieta las sábanas de seda entre sus dedos.

Jiho descansa bocarriba en la cama, completamente desnudo, con la respiración agitada y las ganas de follar bastante extintas. A su lado, Jaehyo se acurruca sobre sí mismo, con la respiración compitiendo con la del rubio y las piernas aun temblándole.

— Si te quedas conmigo, te pagaré 200 pavos cada vez que follemos.- La propuesta de Jiho hace que Jaehyo sopesa la respuesta, pero antes de que pueda darla, el rubio vuelve a hablar.- Quiero ser el único que te folle.